

TRAZAS NEGRAS

Revista de Literatura Oscura y Policial

AÑO 1 - Número 6 - Diciembre de 2020

CUENTOS:

«El ratón alemán»

María Inés Krimer

«Felices»

Poli Délano

«El visitante»

Micaelina Campos

«Blackout»

Gonzalo Hernández

RESEÑAS:

El caso P.

(José Gai)

Por Antonio Rojas Gómez

Noxa

(María Inés Krimer)

Por Juan Ignacio Colil

La broma de la mantis religiosa

(Poli Délano)

Por Eduardo Contreras Villablanca

EXTRAS

«La pequeña entrevista policial» por Marcos Campbell

«"Agatha" Vergara», reseña de un clásico por Eugenio Lira Massi

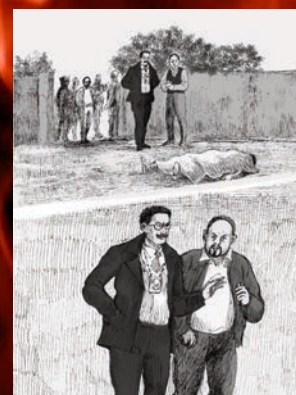
«Cine negro y novela negra. Dimes y diretes», artículo por Wilberio Mardones

CÓMIC:

MAX CANALLA

Guion Vancho

Dibujos Kampf





03 / CUENTO

EL RATÓN ALEMÁN

María Inés Krimer

07 / RESEÑA

EL CASO P.

Antonio Rojas Gómez

08 / CUENTO

FELICES

Poli Délano

12 / RESEÑA

NOXA

Juan Ignacio Colil

13 / CUENTO

EL VISITANTE

Micaelina Campos

16 / RESEÑA

LA BROMA DE UNA MANTIS RELIGIOSA

Eduardo Contreras V.

19 / CUENTO

BLACKOUT

Gonzalo Hernández

22 / ENTREVISTA

LA PEQUEÑA ENTREVISTA POLICIAL

Marcos Campbell

23/ CLÁSICO

«AGATHA» VERGARA (RESEÑA)

Eugenio Lira Massi

24 / CÓMIC

MAX CANALLA

VANCHO / KAMPF

28 / ARTÍCULO

CINE NEGRO Y NOVELA NEGRA

DIMES Y DIRETES

Wilberio Mardones

EDITORIAL

¿Por qué tiene tanta vida la muerte?

El gran maestro del misterio y la ciencia-ficción Fredric Brown escribió que la muerte es una enfermedad con la cual nacemos y que tarde o temprano acabará con nosotros. Lo que hace el asesino, entonces, es adelantar el momento del fin. Es por tanto bastante inocente: mata lo que está destinado a morir. Por eso la vida es tan peligrosa y, a menudo, corta. Esta paradoja alimenta el género que con tanta morosidad, goce y descaro practicamos.

Los asesinos andan por todas partes, a la vuelta de la esquina o a la vuelta de la loma, al otro lado del río o entre los árboles, en la casa del frente, en las pandillas encapuchadas o uniformadas; ello con o sin dialécticas explicativas o filosofías que los sustenten. También se ocultan en las comidas y bebidas, en el aire, en los objetos que nos rodean.

En este marco, los cuentos que hemos estado publicando en **Trazas Negras** responden a una doble idiosincrasia o carácter. Son divertimentos que se apropian de un tema tan serio como la muerte por mano asesina. O de sus prolegómenos: el secuestro, la violación, el bombarzo terrorista, el incendio vandálico, la tortura o el descrédito. Y esto ocurre desde que existe el género y no ha sido abandonado porque nos da la marca de fábrica, la etiqueta, la identificación del producto. Es lo que nuestros lectores y lectoras buscan.

Escribimos para matar, codo a codo con el asesino; o para morir si nos ponemos en el pellejo de la víctima; y para matar o morir si representamos al investigador. Todo esto con el teclado, por supuesto.

Recuerdo una novela de la inglesa Ellis Peters, una de mis autoras favoritas, que se titula *Un cadáver de más*, que ocurre en el siglo XII, donde su «detective» el hermano Cadfael, benedictino, examina a los muertos tras una batalla entre señores. Descubre que uno ha muerto de otra manera, al parecer no por la mano armada de un soldado convencional. Es un muerto «ilegal». ¡Vaya dilema ético! Algo conocemos de eso, ¿no?

En esta sexta entrega de **Trazas Negras** vienen cuentos de Poli Délano, María Inés Krimer, Gonzalo Hernández y Micaelina Campos. Reseñas de Juan Ignacio Colil, Eduardo Contreras Villablanca y Antonio Rojas Gómez. Por cierto, continúan las minientrevistas y las aventuras de Max Canalla en el cómic de Vancho y Kampf. Inauguramos también un espacio para el cine negro, empezando con un panorama general y una lista de clásicos imperdibles.

Bartolomé Leal
Director

Comité asesor de **Trazas Negras**: Juan Ignacio Colil, Eduardo Contreras Villablanca, Julia Guzmán Watine, Gonzalo Hernández y Helios Murialdo.

1962

En la casa de las Lendaro todo era fiesta. Además de los corpiños, las medias sobre las sillas y el retrato de Perón en la pared, ahora la menor había conseguido un novio que tocaba el clarinete en La Armonía. El chico tenía un Ratón alemán amarillo con tres ruedas, una ventanilla al frente y una puerta que se abría hacia afuera. En el asiento de adelante cabían dos personas y atrás solo una. Cuando lo estacionaba frente a mi casa, las vecinas sacaban las reposeras con la excusa de tomar aire fresco. Un mediodía la pareja me invitó a dar una vuelta. Mamá estaba ocupada con la comida y no necesitaba permiso. Al volver, dos horas más tarde, me sentía repleta de amor y buenos sentimientos. Después de almorzar me ofrecí a lavar los platos. Calenté el agua en una pava y los metí en la palangana. Baldeé la cocina y escurrí el agua hacia la galería. Esa noche, antes de dormirme, pensé que el paseo en el Ratón alemán fue lo mejor que me pasó en la vida. Recordé que el piso del auto tenía una alfombra repleta de volantes, que se adherían a las zapatillas. Recordé que pasamos por la Rambla, la pista de baile que explotaba la Sociedad de Beneficencia, que bajamos hasta la costanera. Y aunque estaba encajonada y no podía estirar las piernas me entretuve con las nubes, la estela blanca de un avión, las copas de los árboles, el tapizado de los respaldos, el bamboleo de un muñeco colgado en el espejo retrovisor y las nuca de los novios, que no paraban de besarse.

Como todas las casas de la cuadra, la nuestra tenía una puerta cancel, dos balcones con rejas negras, un zaguán que daban a un hall y una galería cubierta. Al lado vivían las Lendaro. Mis padres no veían con buenos ojos a las vecinas porque eran peronistas. Además de la foto de

Perón, tenían otra de Evita con la pulsera de dijes que, según me explicó la mayor, representaban la bandera, el escudo, el descamisado, la fecha de su cumpleaños y a la perra Negrita. Para mí, esa mujer era una reina, la sentía en carne propia. Una reina que repartió máquinas de coser a troche y moche y organizó colonias de vacaciones para los hijos de los pobres. Pero mis padres decían que el marido se había quedado con la colecta del terremoto de San Juan, que durante su presidencia los pasillos del Banco Central reventaban de oro, que perseguían a los opositores, que reprimieron a los dirigentes durante la huelga ferroviaria aunque lo peor es que protegieron a los *natzis* permitiendo que entraran al país con pasaportes falsos.

Los socialistas, por el contrario, no metían la mano en la lata y sólo pensaban en el bienestar de muchos antes que en el beneficio de unos pocos. Esas ideas me parecían buenas pero me hubiera gustado que el sueldo de papá en el ferrocarril le alcanzara para comprar un auto. Sospechaba que el verdadero motivo que nos condenaba a ir al cine en colectivo era que papá no sabía manejar; no entendía por qué no podíamos tener uno como los maridos de mis tías, un Kaiser Carabela, un Bergantín, un Peugeot, hasta me hubiera conformado con la chata que inventó Perón cuando sólo fabricaban modelos nacionales: junto a las motocicletas Puma todavía seguían dando vueltas detrás el cementerio o en las afueras de la ciudad.

El noviazgo de la menor de las Lendaro con el chico del Ratón alemán era el chismerío del barrio. Las vecinas comentaban que estacionaban en Villa Cariño y alguien los vio enfilarse hacia la ruta. «En cualquier momento aparece con el bombo», decía mamá. Lo cierto es que esa relación siguió viento en popa. Todas las tardes pasaba por la puerta de las Lendaro o me quedaba sentada en el

escalón esperando que la invitación se repitiera. Pero la menor dejó de saludarme. Cada vez que la cruzaba en el mostrador del almacén o en la carnicería bajaba la vista o la clavaba en el cordón de la vereda. Tenía las tetas más grandes y bolsas debajo de los ojos. Una noche, después de cenar, oímos una pelea. Las voces fueron subiendo de tono aunque mamá levantó el volumen del televisor. La menor desapareció del barrio de la noche a la mañana. La mayor dijo que se fue al campo, a la casa de unos tíos. Dijo que el novio estaba en Europa, tocando el clarinete en la orquesta de Eddie Pequenino.

1976

La memoria construye de a retazos, escarbando capas hasta que aparece algo. Con Daniel alquilábamos un departamento de dos ambientes en un edificio cercano a una avenida. La ventana daba a un patio de luz, siempre oscuro; cuando nos asomábamos, veíamos latas y bolsas arrojadas desde los pisos altos. Teníamos dos juegos de sábanas, que lavaba los viernes; una frazada a cuadros. En junio, encimábamos las camperas. En verano, la atmósfera era irrespirable. Buenos Aires parecía derretirse. Papá, con la excusa de la enfermedad de mamá, no venía a visitarnos. Eran días con gusto a nada. Por las noches prendíamos los veladores y bajábamos las persianas. Esperábamos algo. No sabíamos qué. Creo que fue en diciembre, a eso de las nueve. Comíamos milanesas mirando televisión. Las camionetas cruzaban unas vías. De pronto frenaron, giraron ciento ochenta grados. Unos hombres saltaron y avanzaron con armas en las manos. Aplastaron torsos y talones contra el campo raso. En ese momento se cortó la luz. Busqué velas en el cajón de la cocina. Seguimos comiendo empapados por el calor y la transpiración. Oí que alguien gritaba mi nombre. No reconocí la voz. Soplamos las velas y nos quedamos

esperando. Escuchamos pasos en la escalera. En el pasillo. Golpes en la puerta de al lado.

La voz de la vecina.

—Si quiere dejarle algo dicho.

—Dígale que estuvo la menor de las Lendaro.

Abrí.

Nos abrazamos, nos separamos y volvimos a abrazarnos. Aunque no alcanzaba a distinguir su cara, reconocí su voz. Durante un momento no hubo más que risas. Atontada por la sorpresa del reencuentro traté de calcular los años que habían pasado. No sabía por dónde empezar. Entramos. Daniel había prendido las velas. Se lo presenté y rodeamos la mesa hasta encontrar las sillas.

—¿Qué hacés acá?

Dejó la mochila en el piso.

—Necesito quedarme unos días.

El pedido me sorprendió. Desde que desapareció del barrio no había vuelto a tener noticias.

—¿Acá?

La llama parpadeó.

—Sólo unos días —repitió.

Llevé una vela hasta la cocina. La dejé sobre la mesada. Abrí un pan y metí una milanesa. No sé por qué suponía que la menor de las Lendaro estaba hambrienta. Volví y comió en silencio. Entre las dos oscilaba la posibilidad de un diálogo que no se decidía a comenzar. Nos tanteábamos como boxeadores en el primer round. Se lo dije, ella se rio, mordió el sándwich. Le pregunté dónde vivía. Aplastó las migas con las yemas de los dedos y se los llevó a la boca. Daniel se despidió, dijo que se iba a dormir. Yo trataba de parecer cortés, pero la cabeza seguía desbocada. ¿Por qué aparecía después de tanto tiempo? ¿Por qué me buscaba? ¿Quién le dio mi dirección? Durante un rato recordamos que mamá quemaba las pavas porque las dejaba una eternidad sobre el fuego. Recordamos el olor a los Chesterfield de papá. Al gran Mario, el director de la Biblioteca Popular, que revisaba todo el tiempo la lista de



socios y se fijaba qué leían y si habían devuelto los libros. Cuando le mencioné el paseo en el Ratón alemán pareció incomodarse, se quedó callada. Cambió de tema y habló de la muerte de Ringo Bonavena. El final, dijo, empezó cuando el boxeador firmó un contrato con Joe Conforte, un empresario que, supuestamente, le iba a arreglar peleas. Pero el tipo era un mafioso, regenteaba prostíbulos y no le gustó nada que Bonavena, en vez de entrenar, se entretuviera con su hermana.

Al rato volvió la luz y seguimos charlando un rato largo. Ahora era yo la que le estaba contando cosas de mi vida, como si me hubiera encontrado con una amiga del secundario. Ella me miraba pensativa, a veces me cortaba, disentía. En un momento se acercó y me apretó las manos. El contacto con la piel tibia me produjo la atracción del abismo a quienes sufrimos de vértigo.

—Tengo una hija —dijo.

1987

Me senté en un banco de Retiro, con el bolso entre las piernas. El hall tenía un color amarillo, pesado. Busqué un banco entre las vías. El cartel decía: «Primera clase. Sala de señoras», pero hubiera reconocido el olor con los ojos cerrados. El mismo olor a pis y creolina. Oí el silbido. Después, el ruido metálico, un timbre de alarma como el que suena en la barrera al cruzar el paso a nivel. Controlé el pasaje y me acerqué al andén. El guarda asomó la cabeza desde la locomotora, miró hacia atrás y agitó el brazo, dando una señal al maquinista. El tren arrancó, al principio lento y después empezó a tomar velocidad.

Al llegar a mi casa miré las paredes despintadas, los balcones con rejas negras. Busqué la llave. Abrí la puerta cancel. Subí los escalones. Entré al comedor, recorrí las piezas buscando la mesa de roble, las sillas tapizadas, el libro de Doña Petrona. Solo encontré unos zapatos viejos de mamá. El cáncer se declaró de un día para el otro. Fui testigo de cómo enfrentó la muerte mientras yo me aferraba a mi matrimonio con Daniel, a mi vida de todos los días. Ahora papá había muerto y tenía que vaciar la casa. Me pregunté qué hacer con la heladera. En ese pensaba cuando oí la bocina. El rastrojero tenía un rombo en el capot y la caja pintada de azul y amarillo. El chofer lo cargó hasta el tope y dijo que volvería más tarde. Esperé sentada en el piso. Un rincón tenía colillas de Chesterfield. Guardé una foto en la cartera. Era un recodo del río donde papá salía a remar, siguiendo la línea de las boyas.

Atardecía y la imagen había fijado para siempre el claroscuro del cielo, el agua, el viento, la olita que pegaba al costado del bote, el fondo de la isla.

Al salir, me topé con la mayor de las Lendaro.

—Vi el taxi-flet —dijo—. No te vas a ir sin tomar unos mates.

Detrás de los lentes de aumento, los ojos parecían querer saberlo todo. Insistió y fuimos a su casa. Nos sentamos en la cocina.

Le pregunté por la hermana.

Llenó una pava con agua.

—Se mudó a un departamento con su hijita.

Era un dos ambientes que le habían conseguido los montos. Estaba contenta porque era la primera vez que tenía una casa fija. Cuando se fue, yo envié sus cosas a un guardamuebles; ahora que tenía un domicilio, mandó a buscar los canastos. Ahí estaban su ropa, sus libros, sus cuadernos y hasta un lavarropas que habían comprado con el novio. Le habían ordenado que destruyera todos los papeles, cosas que servían para identificarla.

Puso yerba en la calabaza.

—El dormitorio tenía dos camitas y dos sillas, para el living consiguieron un sillón viejo. Ella hacía de enlace: tenía que pasar información de un lado a otro. Salía de la casa temprano, dejaba la nena en la escuela para dar la impresión de que se iba a trabajar y volvía a la misma hora que todo el mundo, a las seis de la tarde. Si no lo hacía era sospechosa y un portero o un vecino podían denunciarla. Tenía un circuito marcado: en ese recorrido la podían encontrar los militantes que quisieran transmitir o buscar algún dato, que necesitaran guita, documentos o pasaportes para viajar. Había contraseñas: una revista, un pañuelo. A veces intercambiaban cajas de arroz o de maicena.

Me alcanzó un mate.

—Nunca podía saber si había alguien que conociera la cita, si no la habría cantado. En cada encuentro se enteraba de alguna caída. Ella iba alerta, escuchando cada ruido, mirando para todos lados, controlando lo que pasaba a su alrededor. A veces, cuando algo la preocupaba en especial tenía la pastilla en la mano, eso la tranquilizaba. Se la habían dado con algunas recomendaciones: mantenerla dentro del papelito plateado, porque la luz y la humedad podían arruinarla. Ella había escuchado historias de torturas y no sabía si podría resistirlas. La pastilla era su amuleto, su arma.

Miré la pared. Las fotos de Perón y Evita no estaban, sólo los agujeros de los clavos.

—¿En qué pensás? —preguntó la mayor de las Lendaro. Oí la bocina de un colectivo.

—En un paseo que hicimos con tu hermana, hace unos años...

Le devolví el mate.

—¿Y la nena?

Sonrió.

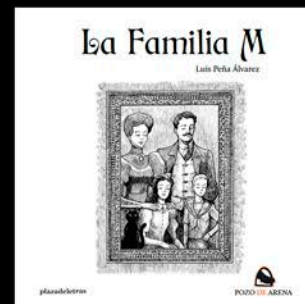
—Está por llegar del Conservatorio. Estudia música, como el padre.

Cuando nos despedimos di una vuelta por el barrio. Atrás había un potrero que cruzaba las vías, un andén de cemento resquebrajado y, tumbada entre los pastizales, una carroza de carnaval hundida en un charco. Caminé

en dirección al puerto hasta llegar al parque. A lo lejos vi escaleras de piedra, huecos y cañadones. Glicinas azules. Musgos de muchos verdes. Los árboles se ensanchaban, imitando los palos borrachos. Bajé hasta la costanera, descansé apoyada en la baranda de cemento. El agua arrastraba peces, botellas troncos. La ciudad era ahora un vacío, al punto que la estela de un avión o el vuelo de un pájaro resultaban inesperados. Subí hasta llegar a Rivadavia. En la esquina con Catamarca me paré en la vidriera de una concesionaria. Al fondo, mezclado entre los autos, vi al Ratón alemán. Tenía la puerta delantera abollada y óxido debajo de la pintura amarilla. **TN**

María Inés Krimer

Nació en Paraná, Entre Ríos, y actualmente vive en Buenos Aires. Publicó *Veterana* (1998, cuentos), *La hija de Singer* (2002, novela, Primer Premio Fondo Nacional de las Artes), *El cuerpo de las chicas* (2006), *Lo que nosotras sabíamos* (2009, novela, Premio Emecé), *Sangre kosher* (2010, novela, Aquilina, traducida al alemán y al italiano), *Siliconas express* (2013, novela, Aquilina), *La inauguración* (2011, novela, El Ateneo, Premio Letra Sur), *Sangre fashion* (2015, novela, Aquilina), *Noxa* (2016, novela, Revólver, finalista del Premio Hammett 2017) y *Cupo* (2019, novela, Revólver, finalista del premio Hammett 2020). Participó en "El género negro en cinco autores latinoamericanos" (2018, Babel). Sus relatos integran diversas antologías.



EDICIONES POZO DE ARENA PRESENTA
LA FAMILIA M / GUION Y DIBUJOS LUIS PEÑA ALVAREZ

Preventa exclusiva: www.elclub.cl

El caso P.

(José Gai, novela, Tajamar Editores)

Por Antonio Rojas Gómez



El caso P. es un manjar que paladearán con especial fruición los aficionados a las historias policiacas, que aquí se toparán con un asesino serial que victimiza a mujeres jóvenes. La acción transcurre en Santiago, algunos años atrás, cuando el país estaba conmocionado por el general Manuel Contreras, que, atrincherado en el Hospital Naval de Talcahuano, se negaba a ser internado en la recién estrenada prisión de Punta Peuco y amenazaba al gobierno incipiente de la Concertación con emplear artillería pesada.

Lo cierto es que los asesinos seriales abundan en la literatura, las películas y las series de televisión, pero escasean en la vida real. El único caso que podemos recordar en Chile es el de los psicópatas de Viña del Mar, por el que fueron fusilados dos funcionarios de Carabineros durante el régimen de Pinochet.

La historia que nos cuenta José Gai es ficticia, pero la cuenta tan bien que nos convence de su hipotética realidad.

El policía encargado de las pesquisas es el subcomisario Abel Ayala. Imposible no recordar el programa humorístico Radiotanda, donde aparecían el detective Ayala y su ayudante Zelaya. Pero la trama de esta novela no es para la risa, antes bien, resulta inquietante. Cuando el libro comienza el homicida ha dado cuenta ya de dos mujeres, cuyos cadáveres deposita en lugares apartados. Y va anunciando sus pasos en comunicaciones directas con la PDI. Pero no deja rastro alguno. Abel Ayala sabe que enfrenta a un enemigo formidable, de inteligencia superior a lo normal, pero no puede comprender qué persigue con su maquiavélico accionar. Porque el tipo no agrede sexualmente a sus víctimas, que por añadidura son jóvenes y atractivas.

Cuando ocurre el tercer secuestro, los policías se topan con una psicóloga que vive en el barrio Yungay, en un caserón antiguo, demasiado grande para ella y su hijo pequeño, de modo que arrienda algunas piezas. La desa-

parecida es, precisamente, una de sus arrendatarias. Y ella se conmueve y se interesa en cooperar con el subcomisario, al que insiste en llamar «inspector Ayala», rebajándolo de grado sin ningún motivo. Al contrario, congenian de maravillas el detective y la psicóloga, y la relación que va surgiendo entre ambos es manejada con mano maestra por el autor. El lector se pregunta adonde conducirá esa amistad, y aquella interrogante añade condimento al suspenso que se desprende de la pesquisa.

Pandora, la psicóloga, es una profesional seria, pero posee percepciones extrasensoriales, lo que lleva a los detectives que secundan a Abel Ayala a desconfiar de ella y a no tomarla en serio. Pero Ayala le hace caso y sigue algunos rumbos que señala Pandora.

Y mientras esto ocurre en Santiago, en Talcahuano el Mamo Contreras sigue haciendo de las suyas y desafiando la estabilidad del país. Lo único que desean los jefes del subcomisario Ayala es mantener en secreto la investigación sobre el psicópata, para no alterar más aún a la ciudadanía bastante inquieta. Pero los periodistas siempre se enteran y los crímenes de las mujeres toman estado público.

¿Qué va a ocurrir entonces? ¿Quién puede ser el asesino serial, que se las arregla para cometer sus delitos sin dejar rastro, aun cuando se permite advertir a la policía acerca de sus próximos movimientos? ¿Salvarán Abel y Pandora a la tercera secuestrada? ¿Y a las otras que vendrán? Porque el psicópata ha dicho que matará a seis mujeres...

José Gai va manejando la historia con lucidez, dosifica la información que entrega al lector, permite a los personajes actuar con autonomía. Utiliza una prosa sencilla y clara, no abusa de la adjetivación. En esta tercera novela reitera las cualidades de las dos anteriores, *Las manos al fuego* y *Los Lambton*, que le valieron premios y elogios. Se consolidaba como un narrador sólido, que maneja con sapiencia los complejos cánones de la novela negra. Su temprano deceso cortó una carrera prometidora en las letras negras latinoamericanas. TN

A través de la ventanilla se vio a todo el gentío aglomerándose en la orilla del agua y a la playa blanquizca quedar sembrada de montoncitos multicolores de ropa. A cierta distancia, sobre un mar ligeramente taimado, ondulaba un bote de los mismos en que los pescadores salen al congrio por las noches.

Abriéndome paso a codazos y empujando a los demás pasajeros, logré bajar antes que la micro, cuyo lugar esperaba impaciente una ambulancia, arrancara con su pique arremetedor para la cuesta.

Entre el cuchicheo loruno de los que van y vienen por la Terraza y entre el masivo murmullo de rumores, alguna frase de pronto resonaba nítida.

—Pobre. Y pensar que hacia señas el pobre.

La señora no le responde a la muchacha que se lo dice. Su vista parece embrujada por el bote, bajando y subiendo, perdiéndose y apareciendo tras las olas.

—Es que son tan imprudentes —dice al aire una especie de oso con jockey celeste y bigote negruzco—. Por algo ponen bandera roja cuando la mar esta mala.

Alguien de más adelante le hizo eco al enfatizar que tan imprudentes, no, y agregando también que lo que pasaba era que deberían tener dos botes salvavidas y no uno para las dos playas y que en el fondo, más que la imprudencia, ahí estaba la cuestión.

—Qué pasa, qué pasa —pregunta un tardío.

—Un ahogado —le responde alguien.

—¿Que no era mujer?

—Parece que no, que era hombre.

—¡Pobrecito, Dios mío! Pueda ser que lo salven.

Miré enmudecido el bote y me pareció que si alguien se había estado ahogando, el tiempo para terminar de ahogarse ya le sobraba y que poco o nada se podía hacer. Se me contrajo la garganta y pensé que me vendrían los vértigos, porque yo también he sentido el cansancio en

los brazos, la resaca invencible, el agua salada llenándolo todo. La realidad se me fue desmigajando y la memoria se detuvo ahí. Solo permanece el murmullo masivo y cimbreado de las voces confundiendo con el oleaje.

Una muerte no parece mucha cosa. Después de todo, ¿qué es una muerte? Aun en los pueblos chicos morirá alguien cada día. De cáncer, o del corazón, o arrollado por la locomotora. Pero en un balneario, un ahogado es distinto, un ahogado hace que por las venas de los nadadores circule el temor, que las madres aprieten las nalgas cuando sus hijos pisan el agua, que la curiosidad también —por las conjeturas, las descabelladas teorías que pretenden recorrer los velos de la verdad— se despierte más ferozmente, y así, aunque los periódicos de Santiago ofrecieron la noticia en tres o cuatro líneas, Cartagena, si claro, es sensible que una vida joven, no, todavía no lo encontraban, tendría que salir solo a la playa o aparecer en la superficie tarde o temprano y por las que estarían pasando fueran los hijos o los padres o la esposa o quienes fueran y qué diablos si lo que el Señor ordena a todos algunas vez ha de tocarnos, y en cuanto al Alcalde, buena ocasión de hacerlo saltar por su criminal negligencia, al sinvergüenza ese, Cartagena, sí, claro, dedicó al ahogado gran parte de su tiempo y qué hacerle con el destino, verdad, porque por qué malditos designios tenía que hallarse tan lejos del bote, aunque, oigan ¡y suicidio, no podía ser? En extremo sensible, pero sí podía ser, a pesar de los brazos agitándose como en pos de socorro.

El morbosos interés que me hace andar siempre buscando muertos, fue creciendo. En alguna parte de ese mar se lo estarían devorando las jaibas, corrientes asesinas lo arrastrarían de playa a playa y el agua salada le habría hinchado los pulmones, el estómago, el corazón, los pulmones, los pulmones. Poco antes una vida. Esos brazos de-

batiéndose en el oleaje, allá lejos, en el último recoveco del desamparo. La mueca de horror. El miedo espumoso. Esa desesperada conciencia de que se comete el último acto de la vida, mientras ahí afuera, a doscientos metros, todo sigue igual.

Comí un par de Jaibas cocidas y salí a caminar, a gastar un poco de suela, a hacerles algunas visitas de estilo a las viejas que monopolizan el copucheo universal del pueblo y sus alrededores. La viuda me detiene frente al puesto de leche.

—Ya supo lo del joven del Correo, ¿no? Ese que era tan amigo de su hermano.

—¿Del Correo?

—Se ahogó ayer. Hoy en la mañana sacaron el cadáver.

Alguna vez debo de haberlo visto, algún fin de semana cuando vengo.

—¿Era medio rubio?

—Ese mismito. Ayer en la tarde no llegó a trabajar y todos se extrañaron porque no avisó. Era un joven muy cumplidor, dicen.

Lo imagino ahora, lo recuerdo más: sonrisa cordial, bigote delgado, muy del montón.

—Creyeron que estaba enfermo -sigue la viuda-. Pero no. Se había ido a la playa. Lo que casi nunca hacía, dicen. Porque no le gustaba el mar.

—Tremendo, no—. Una señora que viene de compras. —Y parece que era casado.

—Pobrecita la señora; como estará la pobre —dice la Rosita, dueña del puesto de leche— ... Ni tampoco le gustaba el pueblo. Quería su traslado.

Siento que puede venir de nuevo el vértigo, llegar otra vez el nudo y es preferible partir, no seguir oyendo estupideces, olvidarse de; cómo se llamaba?

—Miguel. Miguel Torres.

De Miguel Torres. Pero es poderosa la imagen, la hermosa imagen siempre, siempre, de un hombre contra el mar.

El sol pica fuerte. Sin proponérmelo he subido la cuesta hasta el correo, donde no tengo nada que hacer, porque no escribo y nadie me escribe. Sin embargo, es preciso que observe cada rostro, cada par de ojos, cada expresión de quienes fueron sus compañeros (si aquella vez no me sacan, ¿cómo habría sido?, en el instante del arrepentimiento aun había tiempo), preciso que descifre cada reacción, cada gesto, cada sentimiento ante su muerte, porque todos, todos, son los asesinos, preciso que llegue

a comprender —esto más que nada— que huella puede haber dejado su vida entre quienes lo tuvieron cerca.

Una señora tan entrada en carnes como en años se ocupa del franqueo tras el breve marco de la ventanilla. Mas atrás, un tipo bastante pelucón clasifica cartas y paquetes, y una mujer más joven escribe a pluma en un grueso libro. La veo inclinada y de perfil. Ceja notoria, ojo prolongado en verde, pestañas largas. Y tiesas. Mirándola un poco mejor, no resulta tan joven.

A la más vieja le pido una estampilla de veinte pesos y le digo al pagar que yo era amigo de Miguel Torres y que quisiera encontrar a su esposa para darle el pésame y trato de hablar bajito, pero el hombre ha escuchado, levanta la cabeza y me estudia mientras ella, como obedeciendo a un reflejo, vuelve la mirada hacia la no tan joven, que se mantiene rígida.

—¿A su esposa?— ¿podrá haber ironía en el tono, malicia en su mirada?—. En la Residencial Pandora, pues.

La no tan joven, como piedra siempre, ha entrecerrado los ojos y su pluma no se mueve sobre el papel: está tan detenida como ella.

La vieja casona se yergue sobre un cerro. Desde el piso de arriba se domina el mar, toda la bahía, y los pueblos que bordean la costa hacia el norte.

La dueña demostró agitación cuando sacando hígado de no sé dónde le pregunte por la señora de Miguel Torres. No sabía qué iba a decirle. Ni por qué. Sin embargo, habría pagado en oro la oportunidad de verla, de intuir su tristeza, su nueva incertidumbre ante el mundo, de saberla confusa en su dolor.

—¿Para que la desea?— me preguntó desconcertantemente. —Bueno, quisiera darle el pésame.

—Ah, no tiene idea, entonces. No sabe nada. ¿Los conocía?

—A él.

—¿Y a ella?

—No

—Se la llevaron. Pobrecita. Tanto que sufrió desde que se vinieron aquí.

Por el ventanal se divisaba el sol anaranjado a punto de meterle su olímpico y cotidiano gol al mar. Una brisa fresca se colaba desde fuera y hacía zapatear contra la pared a la marina chueca. Ella había sufrido. Las cosas venían saliendo como a pedir de boca. Irreprimibles deseos de verla de una vez y de hablarle ahora mismo, de tener el valor para dispararle unas cuantas preguntas feroces de veneno.

—¿No está...?

La dueña se llevó un pañuelo a los ojos.

—No —dijo en un tono que me pareció cocodrilesco en cuanto a llanto—. Ya se la llevaron. Cuando vinieron a avisarle que el ahogado era don Miguel, ya estaba muerta.

Tuve deseos de patear al mundo, de mandar a Dios a la mierda, de azotarle a esa vieja la cabeza contra la pared hasta dejársela como un membrillo machucado por un niño a la salida del colegio. La verdad se hacía inverosímil. Un drama de lo más simple agarraba ramazones tupidas. Quizás nunca ahora, ¡ por la mierda!, llegaría a saber, a entender qué sentido tenía la muerte de Miguel Torres. Qué sentido había tenido su vida. Si solo una vez, una sola vez, hubiera podido ver sus ojos. Los de ella.

—La pobrecita —decía y repetía la dueña.

Y al bajar corriendo las escaleras tuve la imagen de una víctima.

Era hermosa, a su manera. Distinta de la pintura que me había ido configurando. El traje de baño modelaba sus líneas discretas y también insinuantes. Sonreía con los ojos ligeramente cerrados frente al sol. El cabello le caía suelto y confundía su color con las rocas de atrás. Junto a ella, sujetándole la mano y mirándola enamorado, estaba él, más blanco, menos acariciado por el sol de ese verano. También sonriente, también feliz. Cuerpo menudo, casi infantil.

Apareció en primera página, con una leyenda burda. Tomada el verano anterior y hallada en el dormitorio. Hermosa fotografía. Pero sin cala: insuficiente para ver más allá de la relación de esa sonrisa.

Algo se aclaró al leer la información. El sin sentido aparente de que ella estuviera muerta cuando le fueron a avisar, tenía, después de todo, muchísimo sentido. Porque cuando le fueron a avisar, hacía ya veinte horas que estaba muerta. Con las venas tajeadas. Nada escrito. Ninguna nota. (En el minuto del arrepentimiento acaso no tuvo tiempo). Crimen y suicidio, o doble suicidio, o crimen y accidente, decía el diario que podía ser. Sórdida truculencia de melodrama.

Caminé en la tarde por la playa. Estuve sobre las rocas donde Miguel Torres y Amelia habían sonreído felices ante la cámara. La pobrecita. Las palabras de la dueña me zumbaron toda la noche y apenas si pude, ya de madrugada, cerrar un rato los ojos.

Entraron abrazados. Ella, de pantalones y polera. El, con su terno de trabajo. Todas las tardes pasaban por ahí cuando Amelia lo iba a buscar al correo y se volvían a

casa. Ahora se habían detenido para entrar a comprar sobres. Abrazados, como siempre se les veía.

—*Mijito, ¿me acompaña después a la farmacia?*

—*¿Para qué, mi amor?*

Todo sonrisas. Así tal cual. Todo amabilidad y solicitud y ternura.

—*Quiero comprarme un rouge.*

—*Mañana, mijita, ¿quiere? Estoy cansado...*

—*Bueno, lindo.*

Y tan abrazados se habían ido, con los sobres.

La muchacha de la librería hizo que la escena y las palabras cobraran vida.

—Y como le digo, esto fue el martes. Un día antes. El era tan amoroso. La mimaba, viera usted. Si parecía que siempre anduvieran en luna de miel.

Como los había visto la muchacha de la librería, así los vieron todos: amorosos, eternamente enamorados, coquetos y juguetones el uno con el otro, felices. Ahora, medio mundo hablaba de ellos a quien quisiera escuchar. No, no tenían amistades ni enemistades con nadie, si, querían el traslado a Santiago, principalmente por el niño, que vivía con los abuelos. (Un hijo, por añadidura. Cuanto dependía su felicidad de lo que se le callase). Claro, era rubio como él, pero con los ojos de la mamá. A veces lo traían, sí, señor, y era un espectáculo verlos bajar a la playa, si, era el asma la culpable de que no viviera con ellos. Claro que ella viajaba a Santiago todas las semanas y él a veces los domingos, cuando no tenía turno. Nunca, señores, se les había visto disgustados, óiganlo bien, aunque si se reconocía la posibilidad de que alguna vez lo hubiesen estado.

Imagen quebradiza. Para todos, Miguel y Amelia eran la pareja más feliz. El mundo, sin excepciones, los veía así. Sin embargo, algo fallaba en ese cuadro, alguna pieza no ajustaba y yo quería entender, ¡entender!, y como a estas alturas no me iba a quedar a medio camino, porque los vampiros necesitan sangre, después de un rotundo fracaso con la no tan joven del correo, me fui a ver al inválido, el esposo de la dueña de la Residencial Pandora.

—Peleaban como perro y gato —dijo el inválido—. Subían siempre muy del brazo, pero entraban a su pieza y prendía la llama. Alguna punzada insignificante y estallaba la pólvora. Como perro y gato, sabe.

(En esa habitación que no conocía, vi desaparecer la sonrisa).

—Nunca se llevaron bien. Pero la culpa fue del cartero. El tartamudo. Para que tenía que entregarle la carta delante de Miguelito. Una traición, ¿se da cuenta?

Piense que la correspondencia no podía par por el correo. Por eso el otro, el profesor, arregló con el tartamudo para que entregara y recibiera de mano a mano las cartas a la señora Amelia. Cartas sin franqueo, ¿se da cuenta? Eso duró un buen tiempo. Yo lo sabía. Aquí sentado no se anda uno a carreras con el tiempo, señor. Sabía que Miguelito lo sospechaba también, por las escenas de celos. Me imagino que le daban alguna plata al tartamudo. Era una cosa infernal, cuando peleaban. Lloraba ella. Después lloraba él. Desde aquí afuera se presentía la violencia.

(Objetos lanzados por el aire. Golpes de mano. De dientes. De uñas. Retratos rotos. Llantos y gritos. La sonrisa se ha transformado en una mueca de odio).

—... Y después, un poco más tarde, se pedían perdón, querían olvidarlo, se decían caricias y se harían tal vez el amor, usted sabe. Y todo como si nada, como si en ninguno de los dos hubiera cabido el rencor. ¿Comprende? A la mañana siguiente salían llenos de sonrisas y ella lo iba a dejar hasta el correo. Así es la cosa. Él era un joven honesto: nunca se atrasó en el pago. Muy tímido, sí. Ella no. Sabía desenvolverse y tenía conversación. Sabe, en un comienzo pensé que era mucha mujer para 61. Cuando llegaron. Tenía personalidad. Pero a poco andar las cosas, vi que Miguelito, con su facha de niño, callado como se mostraba, era hombre de una pieza. ¿Por qué sería que comenzó lo otro, no? Sí, señor; yo veía mucho de lo que pasaba por ahí. Y créame que nunca quise decirle nada a la Marcela. El tartamudo no debiera habérsela entregado estando él. Fue maldad. Y de ahí partió todo. Ahí se armó.

(Puedo imaginar a Miguel Torres preguntando:

—¿Y esa carta?

Y a ella tratando de ocultarla. Escena demasiado trivial. A él leyéndola mientras ella lo enfrenta sin temor).

—Las cosas que le dijo, señor. Que era una puta... No me vaya a oír la Marcela. Una puta de mierda. ¿Se da cuenta? Venía llegando del correo, a las doce y media. Y después que la dejo como la mona, le dijo eso y partió sin almorzar. Ella tampoco almorzó. Quiso quedarse encerrada en su pieza...

Poli Délano (1936-2017)

Fue el último gran novelista y cuentista chileno de su generación. Se prodigó en el género policial y negro, del cual fue fiel lector y maestro de muchos autores, sobre todo a través de sus clases en la universidad, talleres, encuentros y conversaciones. Varias obras suyas son clásicos del *noir* criollo, como *Muerte de una ninfómana*, recopilación de cuatro novelas cortas; y *Un ángel de abrigo azul* (2016).

(La veo llorando echada sobre la cama, pesando la resolución que está a punto de tomar. Tranquila, luego. Como quien ya sabe. Como quien ha aprendido. Hasta que llega él —no ha ido al trabajo— violento, enloquecido aun, con los ojos llenos de bilis, sacando chispas con los dientes, entrando a golpes a su cuarto, mirando la fotografía de ese verano en el marco plateado y, luego, llorando en silencio, junto al cuerpo que se enfría, y diciendo al salir, como para consolarse, *tú sola te castigaste*).

—Así dijo al partir. ¿Se da cuenta? Y no hubo más noticias de él. Y todos pensamos que si ella no salía del cuarto, era de pura vergüenza. Sí, señor: «tú sola te castigaste», eso le dijo.

Bajé las largas escaleras de tabla crujiente. Quise figurarme el camino de Miguel. Tendría que haber cortado hacia la playa, porque para arriba viene el descampado. Salir disparado y correr calle abajo como loco, hasta no dar más. Luego serenarse, ya sin energías que seguir gastando en ira. Exhausto. Caminar lento con la vista fija en nada, con las manos en los bolsillos, hasta ir poco a poco dándole forma, echándole fuego, a la idea. Dejar pasar una hora. Tú sola te castigaste, le dijo. Y quizás no haya podido soportar el peso de haber dicho esas palabras.

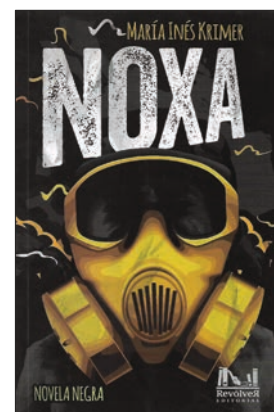
Un diario seguía informando el caso a medida que se iban descubriendo nuevos detalles. Nunca dieron con la verdad. Apareció la carta, la última del profesor. Mal escrita, poco interesante, ni siquiera fogosa. Burda. También publicaron las declaraciones de la concesionaria de los camarines. A las cinco había sido. Arrendó un traje de baño y dejó sus ropas. Después salió trotando y bajo la rambla hasta la arena. En ese punto se perdió su historia hasta este momento en que Miguel Torres, mientras una ambulancia hace turno para ocupar el hueco que va a dejar la micro, divisa como entre pesadillas paradójicamente dulces a la gente aglomerada sobre la arena, allá a doscientos metros, mientras el bote no llega, mientras el bote no llega. TN



Noxa **Una nube de intrigas...**

(María Inés Krimer, novela, Revólver Editorial)

Por Juan Ignacio Colil



En *Noxa* (Revólver Editorial. Argentina, 2016), María Inés Krimer toca un tema actual en nuestros países: La intoxicación provocada por las empresas agrícolas con sus tóxicas fumigaciones sin importarles la vida de los habitantes de los pequeños pueblos, pero vamos por parte.

Marcia Meyer, viaja al pueblo que visitaba cuando era niña para disfrutar las vacaciones. Ahora, la causa del viaje es distinta. Ella es periodista y va en busca de respuestas. Han pasado los años, quedan sus recuerdos, sus ancestros judíos, su amiga Ema. Marcia va en busca de algunas respuestas frente a las denuncias por el envenenamiento y el camino no será fácil.

El pueblo es como tantos pueblos que, al parecer, se han quedado a la orilla del camino de la historia, pero que por dentro cargan con un intenso presente de traiciones, intereses cruzados, influencias, secretos, etc.

En el pueblo, se encontrará con más preguntas que respuestas. Lo primero será seguir la pista de su amiga Ema, que nadie sabe dónde está y también deberá seguir el camino de los tóxicos, que la llevará a las fortunas locales y a sus enredosas redes de influencia y corrupciones, pero también Marcia Meyer nos abre las puertas de su pasado, del pasado de su familia, del pasado judío del pue-

blo y de su vida personal. Mientras por los cielos del pueblo sobrevuelan las avionetas fumigadoras.

La autora construye una protagonista muy creíble, lejos de los típicos clichés del género negro. Una mujer común y corriente, periodista de un periódico pequeño, una mujer con problemas personales, con una hija adolescente, un ex, con deudas con el pasado, con una tradición judía que aún le pesa, con deseos y preguntas.

La novela está construida con capítulos breves, en los cuales se avanza por varios caminos: la búsqueda de Ema, la huella de los agrotóxicos en los niños enfermos, la memoria familiar, la vida personal de Marcia. También destaco la construcción con frases cortas, precisas; diálogos fluidos; y un ritmo que se va acelerando al pasar las páginas.

Lo bueno y lo malo de *Noxa*, es que es una novela que nos habla de una realidad local, pero que se hace extensiva a todas las llamadas «zonas de sacrificio» que cada vez son más visibles en esta mundo que construimos, o mejor dicho; destruimos. La acción de *Noxa* transcurre cerca de Buenos Aires, pero sabemos que ocurre a lo largo y ancho del planeta.

TN



Pobre Juan, aquél día lo agarraron con la guardia baja y no pudo darse cuenta que lo que él creyó ser un guiño de la suerte, era en cambio un maldito llamado de la fatalidad. Era domingo, que no es un día sino una brecha entre dos días.

Mirando los surcos que la humedad dibuja en el cielo raso, Juan pensaba que para mucha gente el domingo es una charca espesa. Una que se cruza con dificultad en las horas muertas del atardecer frente a una comida insípida y recalentada. Pero para nadie tan difícil de atravesar cómo para los enfermos del hospital rural. Y aún más para los que, al igual que él, no recibían visitas. Sus únicos parientes se quedaron en el campo tratando de sacar adelante la cosecha de manzanas, pues hoy con el fantasma de las reformas del gobierno no se podían dar el lujo de dejar sus tierras.

Cuando lo del accidente, Juan le hizo prometer a su hermana que, mientras él estuviera hospitalizado, no se dejaría expropiar. Que siguieran trabajando, no más. Por eso es que aunque no le gustara esta soledad con olor a cloroformo, se resignaba a ella, pensando que así era su suerte.

Las madres, esposas o amigos de los otros enfermos le hacían sentir más larga su estadía los fines de semana. Y era peor cuando los pacientes de las camas vecinas volvían a casa cargados de chales, flores o regalos.

El día anterior, el vecino de su derecha, un joven al que se le transparentaban los huesos a través de la camisa, se fue y Juan no alcanzó a despedirse. Lo último que vio fue al tipo dormitando y su bolso de lona en el pasillo entre los dos catres. Juan sintió retorcionones en el estómago y le pidió al auxiliar que le acercara la silla de ruedas y lo llevara al baño. Eran los días previos a la operación y no se sentía seguro para recorrer el largo pasillo hacia los sanitarios.

Cuando el enfermero lo trajo de vuelta, Juan se dio cuenta que la cama contigua estaba vacía y supo que tendría que esperar hasta el lunes o tal vez el martes para

tener alguien con quien charlar. Era su única opción, pues hacia la izquierda, el muro con una pequeña ventana, que daba al pasillo, le imposibilitaba tener otro compañero. El ventanuco le servía para llamar, golpeando con el bastón, cuando sus intestinos apremiaban y los auxiliares desaparecían durante la hora de la siesta.

Estaba tratando de adivinar cuáles serían las dolencias del nuevo enfermo, cuando vio a un viejo que acostumbraba visitar a su flaco vecino. Pensó que venía a buscar algo y le hizo una seña para que se acercara y mandarle sus saludos al muchacho.

—¿Olvidó algo su hijo, amigo?

El hombre permaneció en silencio unos minutos,

—No, no somos parientes, me lo crucé en el pasillo y parece que no me vio... Ni siquiera se despedió de mí.

—Ah, disculpe, como lo divisé varias veces por aquí... y siempre acompañándolo.

El anciano se apoyó en la cama y confidenció:

—¿Sabe? Vivo solo en una pieza, durante la semana junto unos pesos y el domingo tomo un bus y vengo a visitar enfermos para conversar un rato.

Juan comprendió que era un guiño de la suerte.

—Si quiere me viene a ver a mí..., me tienen que operar de ambas piernas, falta mucho todavía para irme y siempre estoy solitario.

—Podemos jugar a las cartas...

—Sí, además el doctor que viene de Osorno, me deja los periódicos atrasados...

El visitante alargó una mano de dedos sarmentosos, estrechando la de Juan largo rato, hasta que lo hizo sentir incómodo.

—Diego Bernales del Castillo, a sus órdenes.

Congeniaron de inmediato, el viejo cojeaba bastante, pero tenía la sesera muy despierta y hablaba de todo. Le contó que como profesor jubilado de Río Bueno, su pensión era escuálida, y que vivía en un cuarto en la casona detrás del colegio. Los fines de semana cerraban la escuela y el lugar era más silencioso que patio de cemen-

terio. Él se desesperaba y salía a caminar por la ciudad, hasta que descubrió que podía ingresar a los hospitales durante los días de visita.

—Ya los conozco todos, pero ahora éste es el único al que me dejan entrar...

Arreciaban el otoño y las jornadas en que la lluvia oscurecía el cielo a las tres de la tarde, pero don Diego venía hasta en los días más fríos. Juan notó que el anciano llegaba cada vez más temprano y se retiraba mucho después de anochecer. Siempre bajo el amparo de la vista gorda que hacían las enfermeras con los horarios de visita.

Un domingo de junio llegó con un paquetito envuelto en papel café y le dijo que le quería mostrar su más valiosa pertenencia: una daga toledana de bronce.

—Perteneció a mi padre, que llegó desde España durante la guerra civil.

—Bonito recuerdo...

—Mi madre falleció cuando nació. Él me cuidó, hasta que decidió enviarme a Santiago. Quería que siguiera sus pasos y me hiciera normalista en la Abelardo Nuñez.

—¿Era profesor, igual que usted?

—Sí, siempre llevaba en la cintura un rebenque porque «la letra con sangre entra», decía. A los ocho años me obligaba a recitar a Jorge Manrique y a leer al Arcipreste de Hita.

—Ah, profesor a la antigua...

—Cuando murió tuve que vender todas sus cosas para pagar las deudas, pero conservé el cuchillo labrado. Me había fascinado desde pequeño, aunque él me tenía prohibido tocarlo, so pena de sacar el látigo de su cintura. Una vez lo tomé para mostrarlo a mis amigos y cuando él lo descubrió, castigó mi falta con un escarmiento que aún

hoy me hace cojear.

Don Diego agregó que también había heredado sus clases y el rebenque, por eso se trasladó a vivir a la escuelita, hasta que le llegó su turno de jubilar.

—Ahora la mayoría de los profesores son muchachas que no comulgan con mi chicote —comentó— pero me permiten seguir viviendo en una pieza del caserón, aunque donando casi todos los libros de mi padre a la biblioteca.

A veces se quejaba de su soledad o de su mala suerte, pero Juan hacía oídos sordos y el viejo cambiaba de tema.

Durante la visita del último domingo de agosto, Juan le anuncia que en unos días los doctores lo dejarán ir, que sus heridas están cicatrizadas y que ya puede caminar sin bastones.

—El martes me voy. ¡Felicíteme! Vienen mi hermana y mis sobrinos a buscarme —a Juan le parece que la cara del anciano se torna más blanca que las colchas apiladas a los pies de su cama.

—No se preocupe, don Diego, le escribiré —dice Juan sabiendo que es mentira, que esas no son cosas de campesinos...

—Y qué voy a hacer yo sin mi visita de domingo —carraspea el viejo—, me había acostumbrado con usted más que con ninguno...

Haciendo como que no escucha, Juan habla rápido y le cuenta que su hermana le mandó a decir que los chanchos están listos para la fajina. Que hay que preparar todo y afilar los cuchillos. Que se viene la temporada de prietas y longanizas.



—Me necesitan, don Diego, yo ya estoy saliendo de la convalecencia y ¡eso no es trabajo de mujeres!

Juan le ofrece unos pesos a la señora del aseo para que traiga unas sopaipillas y un trozo de queque. A la hora del té, pide una taza para don Diego.

—¡Para celebrar mi salida de alta, amigo!

Los ojos del compañero parecen estar cubiertos por una cortina de llovizna.

—Tal vez si quisiera visitarme..., Trumao no esta tan lejos —ofrece Juan, pero sabe que aunque tuviera el dinero para el pasaje, la cojera del viejo difícilmente lo llevaría más allá de la estación de La Unión y no podría caminar los dos kilómetros hasta el caserío.

Cuando su visitante deja caer un lagrimón en su taza de té, Juan no sabe qué decir y sólo desea que le llegue luego la hora de partir. Hace frío y Juan se percata que las pozas del último aguacero han embarrado los zapatos medio descosidos del viejo.

El martes temprano, mientras prepara sus cosas, Juan divisa por la ventanita al viejo rengueando en el pasillo. Las puertas de la sala común se abren, y lo ve

entrar con un rictus en su cara, que Juan interpreta como una sonrisa.

Sorprendido, se acerca a abrazarlo. El anciano saca algo de su bolsa y lo desenvuelve. El brillo del sol de la mañana se detiene un momento sobre el bronce, Juan abre los brazos y en un segundo piensa cómo rechazarle ese regalo: no quisiera quedarse con la única pertenencia valiosa de su amigo.

Sólo reacciona cuando un calor le duele en los riñones, se toca la espalda y siente en la mano algo viscoso. Pierde el equilibrio y trastabillando se apoya en don Diego, pisando unos goterones de sangre que se desdibujan sobre las baldosas. El viejo lo abraza de nuevo y vuelve a clavarle la daga, ahora en el estómago.

En el otro extremo de la sala, y atendiendo a un recién llegado, las enfermeras parecen no darse cuenta; el silencio es el mismo personaje de siempre en el hospital.

Juan cae, y don Diego, cogiendo un almohadón desde la cama, se agacha y se lo acomoda bajo la cabeza, le hace un cariño en el pelo y acercándose, le murmura al oído:

—Tiene suerte, amigo Juan, el próximo domingo puedo venir a verlo.

TN

Micaelina Campos

Escritora, arquitecta, acuarelista y gestora cultural. Desde 2007 ha producido varios proyectos de arte en Chile, México, Perú y Argentina. En 2011 funda y dirige la Fundación Museo Casa de la Acuarela, que ha organizado actividades para la difusión de la técnica tanto en Chile como en el extranjero. Como escritora ha sido publicada en diversas antologías y recibido premios en concursos de cuentos.



Colección La Otra Oscuridad

Femicidios a la Carta

COMPRAR

Bartolomé
LEAL
Femicidios
a la carta

Femicidios a la carta es una abierta provocación a lo políticamente correcto. Presenta a un retornado que vuelve de su exilio con el coco bastante a mal traer, y que intenta con dificultades establecer una relación normal con las mujeres. Se deja llevar por sus fantasías y sus frustraciones, hasta que termina por perpetrar unos asesinatos en serie que tienen mucho de perversiones sexuales, aunque él vea allí expresiones artísticas. Un escritor amigo se encarga de narrar los hechos, mientras un psiquiatra senil procura explicar las motivaciones de este asesino, que se embarca en una orgía de sangre que puede aterrorizar y a menudo enfurecer a quien se meta en sus páginas. Se recomienda para lectores y lectoras todo terreno.



La broma de una mantis religiosa la última novela policial de Poli Délano

Por Eduardo Contreras Villablanca



En abril de este año 2020 que ya se nos va, Poli Délano habría cumplido ochenta y cuatro años. El gran escritor chileno falleció el año 2017, sin haber parado de escribir. El año anterior a su partida había publicado sus dos últimas novelas: *Un ángel de abrigo azul* y *La broma de una mantis religiosa*, y estaba escribiendo una nueva obra que quedó inconclusa.

Desde que publicó por primera vez, el libro *Gente solitaria* en 1960, no cesó. A partir de ese año y hasta el 2016, escribió veintiún libros de cuentos, diecinueve novelas, cuatro libros de testimonios y ensayos, y fue editor de seis libros. Un total de cincuenta obras. A las que hay que agregar, yo estimo, por lo menos unas cinco más como *ghostwriter*.

Dentro de esa prolífica producción, el género policial con tintes negros, cada tanto asomaba. Posiblemente las raíces de esta tendencia de Poli están en su gusto por la literatura norteamericana y anglosajona en general (parte de su infancia la vivió en Nueva York), y en particular por algunos escritores del género como James Hadley Chase, a quien siempre siguió releendo (conoció a ese autor precisamente gracias a las recomendaciones de Poli, que me prestaba sus libros). Pero sin duda debió influir en él la afectuosa relación con su padre, Luis Enrique Délano, un fan de la literatura policial que también publicó novelas en ese género bajo los seudónimos de José Zamora y Mortimer Grey.

En *La broma de una mantis religiosa*, Poli nos presenta el deterioro de la relación de pareja de Lorena y Genaro. Lorena es la mantis, que como dice el autor «tiene unas patas con púas poderosas para agarrar con fuerza y retener a las víctimas», en este caso ella sale todos los días, dicién-

dole a Genaro que va a juntarse con sus amigas, pero en realidad va de cacería, de actores, profesores, choferes, chicos adolescentes y una variedad de personajes que terminan disfrutando del sexo con la mantis.

Genaro sospecha y contrata un investigador privado, Julián Ramírez, quien le va informando al marido de las aventuras de su pareja. Así transcurre la primera parte de la novela. Lo que viene después es la trama netamente policial, la investigación en torno a la muerte de Lorena, por envenenamiento. Aquí entra en escena el detective Nelson Barría de la Brigada de Homicidios de la PDI, quien de a poco se va acercando al investigador Ramírez, mientras a su alrededor continúan apareciendo cadáveres.

Estuve presente en el lanzamiento de esta novela en el año 2016. En palabras del escritor Gianfranco Roller que fue uno de los presentadores, «el quiebre que produce Poli Délano a partir de la segunda parte, esa fractura en el relato de la novela, (...) alcanza un nivel de excelencia».


Sobre esta segunda parte, el autor señaló en una entrevista: «La concebí así, tenía incluso algunas dudas de si, policialmente hablando, era válido ese quiebre tan avanzada la novela, pero llegué a la conclusión de que sí».

Como en muchas obras de Poli, en esta también la ciudad es protagonista. El entorno del Santiago vertiginoso de estos últimos años, está muy presente, y el escritor lo pone en función del tono de la historia. De paso le rinde un homenaje a su bar favorito, el Hemingway de Pedro de Valdivia (en el que compartimos más de una copa), situando ahí algunas escenas de la novela.

Solo por citar un pasaje sobre ese entorno, uno que parece premonición del Chile que Poli Délano no alcanzó a ver, y que se desató a un par de años de su muerte: «La

expresión de Barría fue como un gesto de desprecio y asco dirigido con rencor al rostro de esa mañana otoñal, que no parecía tener otro propósito que el de ahondar la depresión de los santiaguinos en su certero camino al infierno».

Como un dato interesante, y para mí valioso, comentaré algo que es parte de lo que se ha llamado la «cocina» de una obra, ya sea literaria, musical o plástica. Me consta que en este caso, el personaje del detective Néstor Barría, está en deuda con un gran amigo común, el ex policía Sandro Gaete, fundador de la Brigada de Derechos Humanos de la PDI. El autor quiso homenajear a este gran investigador que tuvo el mérito de haber conducido las investigaciones que llevaron a la detención de criminales como el Mamo Contreras, Raúl Iturriaga Neumann y Paul Schafer.

Dejo entonces abierta la invitación, a disfrutar de lo que fue la última novela policial de este gran escritor chileno, un autor riguroso, generoso, prolífico y conectado con su entorno, y que siempre mantuvo muy cerca el género policial y negro, como lector y como escritor. 



El azar mueve a un personaje que comete crímenes para probarse que puede eludir la ley, sabiendo que corre riesgos y está en un tris de fracasar. Por eso se mueve, se transforma, viaja a lugares remotos, se deja llevar por los acontecimientos. Se transforma a ratos en un vengador de la gente oprimida. Va acumulando odios y amores. El libro muestra aspectos de nuestros países, sin identificarlos pero presentes entre líneas.



Trazas Negras es una recopilación de entrevistas a los principales exponentes del género negro y policial chileno. Autores consagrados y emergentes comparten con Bartolomé Leal un ameno diálogo que brinda a los lectores las principales claves de un género que nunca pierde su vigencia.

**¡Últimos ejemplares
Primera edición!**

**Disponibles en:
www.elclub.cl**

plazadeletras

Curso-taller breve de narrativa policial y negra

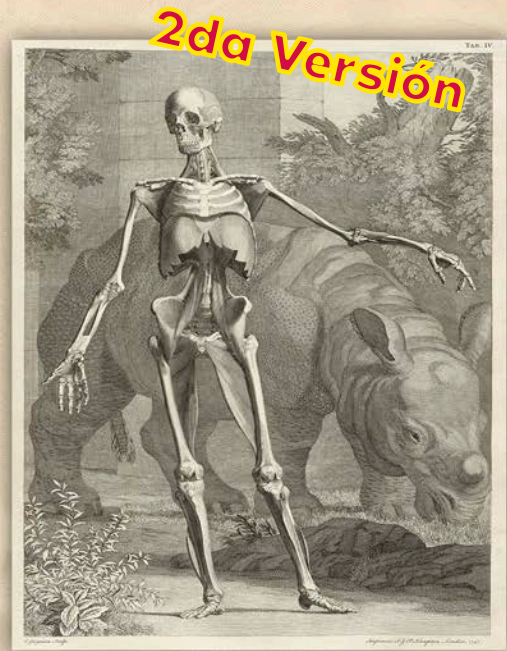
Por Bartolomé Leal

Taller *online* introductorio a la escritura de una narración policial/negra, cuyo énfasis está puesto en las decisiones que se deben tomar para iniciar la escritura de una obra de este género y las maneras en que puede desarrollarse (cuento, novela, guion audiovisual, pieza teatral).

Duración: 1 semana / Horario: Lunes a Viernes de 20:00 a 22 horas. Vía Zoom / Valor: por donación (mínimo recomendado \$ 5.000.-) / Libro electrónico de regalo para la clase / Diploma de participación.

Inscripciones: revistatrazasnegras@gmail.com

Fecha de Inicio: 15 de marzo 2021



¡Cupos Limitados!

Más información sobre el taller y donaciones en:

www.trazasnegras.cl



Próximo lanzamiento

Ligeia y otros cuentos de mujeres góticas reúne tres relatos breves de Edgar Allan Poe: Berenice, Morella y Ligeia. Traducidos por Eva Lencina y Agustín Conde de Boeck e ilustrados magistralmente por Hernán Conde de Boeck.

plazadeletras

La semana pasada, poco antes de abandonar la clínica psiquiátrica, nos tomamos una foto grupal con algunos de mis compañeros de ahí, en la buena onda, para compartirla con mis contactos de Instagram. A mi izquierda tenía a un loco calcado al protagonista de *Psicosis*, afectado por un trastorno bipolar tipo dos. A mi derecha, abrazada a mi cintura, una atractiva drogadicta veinteañera que me consoló por esos días; sus tetas, exuberantes, deben haber ayudado a aumentar los *likes* de mi publicación. No recuerdo su nombre, pero eso da lo mismo. En total éramos nueve, contando a un enfermero que no se aguantó las ganas de aparecer etiquetado al lado de un famoso. Así fue como tomé consciencia de lo poderoso que puede llegar a ser mi liderazgo en ese tipo de recintos. El hecho de que me vean como alguien bello y popular, con independencia de mis trastornos, es algo que me otorga un magnetismo que pretendo pulir y desarrollar para mis futuros fines.

La manera en que llegué a ese sanatorio no es relevante. Lo que importa, a la larga, es que todo el mundo supo que estaba internado ahí. Aclaro que el lugar era bien agradable, con espacios comunes cómodos, jardines cuidados, dormitorios individuales y una completa sala de juegos, con mesa de *pool* incluida. Como corresponde a alguien de mi nivel. ¡No iba a caer en un rasquerío como el hospital Horwitz! Y a pesar de que el millonario no soy yo —por ahora—, sino mi padre, para el caso es lo mismo, ya que soy el único que legará su inmensa fortuna cuando él pase a «mejor vida». Algo que me propongo acelerar... digamos que pronto.

Las repercusiones de mi internado fueron salvajes. Al día siguiente de mi salida fui portada en LUN, y de ahí en más no tuve tiempo para contestar a todos los saludos y notificaciones que me cayeron encima, deseándome «una pronta recuperación y mejoría». Puros tarados, entre co-

nocidos y familiares que se dicen preocupados de mi salud (aunque se cuidan de evitar la palabra mental, los muy hipócritas). Pero a pesar de lo cero aporte que son esos contactos, los conservo porque igual me sirven. Todo suma.

Lo segundo que hice al salir fue armar un asado con unos amigos y grabar un video en donde lancé al fuego un buen puñado de billetes de veinte lucas (algo así como un sueldo mínimo), entre las risas de los hueones que siempre me celebran las gracias. El tema fue ampliamente comentado. Con eso logré no solo reforzar la percepción del público sobre mi locura, sino además proyectar una imagen de desprendimiento material muy útil para mis fines. También recibí un montón de críticas y comentarios odiosos, como era de esperar, pero eso no puede importarme menos.

Estas anécdotas, entre otras, vienen a alimentar lo que los medios llaman «un historial de conductas erráticas, imprevisibles y potencialmente violentas». Debo aclarar, sin embargo, que salvo por el episodio en donde apliqué mis conocimientos de aikido para romperle la mandíbula a ese reportero de *Contigo en la Mañana* —el idiota me pegó en la nariz con su micrófono de mierda—, la verdad es que no suelo dejarme llevar por la violencia. Es lo mismo que opina mi psiquiatra (un juicio autorizado), quien me ve como un joven que tiende a caer en comportamientos excéntricos, movido por un ansia desmedida de figuración pública; algo que sería un rasgo común a toda mi generación, según él, pero que en mi caso se ha desarrollado de una manera a la que conviene «poner frenos». Léase una batería de tranquilizantes y ansiolíticos que él jura que me tomo religiosamente, el muy ingenuo.

A pesar de que este arranque de ira no fue en absoluto algo premeditado, bien podría llegar a ser un interesante precedente a mi favor. Pero no nos anticipemos; el hecho es que durante el tiempo que pasé internado —casi tres

semanas—, mi padre no me fue a visitar ni una sola vez. Más tarde se excusó diciendo que fue porque tuvo que viajar a China, y luego porque debió atender a una huelga de trabajadores que estalló en el norte, en una de sus empresas mineras. No es que lo sienta en el alma. Pensando en mis planes futuros, sin embargo, me preocupé de expresar un intenso pesar en varios posteos en donde desaté mi «faceta emotiva», como la llaman mis fans. En especial con una foto que subí a Instagram en donde aparecemos abrazados en lo alto de una montaña, en el sur de México, para unas vacaciones de hace más de diez años; todo acompañado de hartos emoticones. La impresión fue perfecta. Estás lleno de soledad y dolor contenido, lo resumió uno de mis seguidores gays, para luego ofrecerme sus consuelos. El caso es que la publicación me será de tremenda ayuda, al igual que el documento que me extendió el loquero en donde explica que gran parte de mis trastornos de personalidad se deben a «profundas carencias afectivas». Motivadas, como es lógico, por la temprana muerte de mi madre, pero también por el trato distante y lejano de mi padre a causa de su ajetreada vida dedicada a los negocios.

Patrañas, por supuesto. Él piensa que su talento para producir dinero lo eleva a la altura de Dios, y además sigue pegado a una imagen infantil de mí, como si aún fuera un niño mamón y sobreprotegido. No es que su arrogancia me moleste, como tampoco su egoísmo (sé que he heredado muchas de sus características). Pero resulta que se ha vuelto tan esclavo de su trabajo, que ha perdido la perspectiva de su entorno. En el fondo, es una persona débil. Cualquier cosa que escape al manejo de sus empresas lo descoloca; por el contrario, yo me fortalezo día a día hacia el mundo. Cada comentario, cada reacción de la gente que orbita a mi alrededor, sea favorable o negativa, incrementa mi potencial. Y él no es capaz de ver eso. Ése es su gran error.

Recuerdo su respuesta una vez que, con gran emoción, le conté que había logrado en Facebook la marca de mil seguidores —¡una cagada!—, cuando ésa era la red que la llevaba. Se rió con ese desprecio que lo caracteriza y me preguntó si mi objetivo era convertirme en un famosillo, en vista de mis pobres resultados en el colegio. Lo dijo con un tono que me hirió en el alma. A partir de entonces me propuse sobresalir, descollar, ser el número uno, para así demostrarle que no debía menospreciar mi poder. ¡Y vaya si lo he conseguido! Primero como *youtuber*, después... bueno, para qué voy a enumerar acá todas las plataformas en las que he brillado. Pero no puedo dejar de

mencionar que he sido invitado a programas de televisión estelares, marcando hitos de *ranking*, siendo seis veces portada de diarios... o sea, ¿quién puede decir algo así, estando a dos semanas de cumplir los diecisiete años? ¿Alguien tiene un historial parecido?

Pero él no puede entenderlo, ni mucho menos apreciarlo. No sabe lo que es ser *influencer*, marcar tendencias, ser conocido por miles de personas. Su único don es mandar, dar órdenes, portarse como un tirano. Jamás ha tenido ángel. Sus empleados le obedecen por miedo. Y a estas alturas, como buen perro viejo, ya no será capaz de adquirir un talento nuevo.

Como dije hace poco, en dos semanas más será mi cumpleaños. La ocasión perfecta para retomar mis arranques de violencia. Solo que entonces se me irá un poco la mano con el aikido, y me temo que el resultado será algo más grave y duradero que una simple fractura de mandíbula.

Mis «motivos» serán por todos conocidos. Al viejo, como de costumbre, le importará poco mi aniversario, limitándose a saludarme a la distancia —tengo entendido que proyecta un viaje a Houston para esa fecha—, descuidando a ese hijo suyo con sus serias «carencias afectivas». Yo pasaré algunos días recluso, encerrado y solo, pos-teando mi pena para que el mundo sepa de mi abandono emocional. Entonces sufriré un conveniente *blackout* y arremeteré en su contra con toda mi furia. Puede ser mediante una llave de cabeza, o bien con un golpe en su nuez de Adán. Aún no lo he decidido, pero sé que podré lograrlo sin problemas.

Cuento a mi favor con el factor sorpresa, y además estoy muy bien entrenado; alguien en su pobre condición física, con su lamentable obesidad, no me opondrá dificultades.

Después vendrán, por supuesto, las consecuencias judiciales de mi arrebato. No dudo que éste me hará perder un buen número de seguidores, minando mi base de fanáticos, pero eso será lo de menos. Habrá también quienes me apoyen, comprendan y justifiquen. Las redes van a estar a mi favor, de una u otra manera. No necesito coartadas: tengo la empatía del público.

La condena por parricidio es dura, según entiendo, pero mis atenuantes serán bastante sólidos, partiendo por la declaración de inconsciencia. El respaldo psiquiátrico me ayudará mucho en ese punto, como también la imagen de desprendimiento que me he preocupado de proyectar. El juez entenderá que mi crimen no fue motivado por el dinero, desechando así cualquier

sospecha de premeditación. Pretendo, además, contratar a los mejores abogados, quienes de seguro se pelearán por representar a alguien tan connotado, pudiendo negociar un descuento en sus honorarios. Finalmente, cuento con mi apellido, importante y de renombre. Algo que siempre tiene un gran peso a todo nivel.

La sentencia no podrá postergarse mucho tiempo, teniendo en cuenta el revuelo que van a armar los medios. No me asusta estar encerrado un par de años en algún centro para menores. Sé que el Sename tiene una reputación horrible, pero soy bien capaz de defenderme, llegado un caso extremo, y además siempre puedo transformar el rechazo en amor, la agresión en idolatría... como cuando Jesús convertía el agua en vino. Yo poseo una magia similar... un regalo... ya lo comprobé en mi paso por el sanatorio: tengo el don de multitudes... las convoco... capaz que hasta podría reclutar a unos cuantos seguidores para una causa futura... una legión de apóstoles, ¿por qué no? Si provienen de entornos flaites... sin muchos estudios... mejor aún. Más manipulables.

Con mi talento, ayudado por una causa mística... una promesa de sentido... podría liderar una comunidad «alternativa»... una especie de secta. ¡Me gusta, me gusta! Puedo verme en alguna parcela alejada... en medio de mi harem... jóvenes virginales... perdidas en la vida... necesitadas de guía... podría confesarlas... conocer sus puntos débiles... volverlas mis esclavas sexuales... de uso exclusivo. ¡Sí! Además podríamos hacer rituales... celebrar los ciclos de la luna, del sol... cualquier estupidez... todos locos en ayahuasca... orgías eróticas y mágicas. ¡Y yo en medio del círculo de fuego! Más que un influencer, terminaría siendo... un padre espiritual... un profeta... dejaría un legado más profundo en mi público... una marca imborrable en la memoria de la gente... algo religioso, trascendental... ¡inmortal! ¡Puedo verlo! Es... lo que me tiene reservado el destino... ¡ser un mesías!

TN



Gonzalo Hernández

Es licenciado en Filosofía y profesor universitario. Ha sido cajero, junior, periodista, jornalero en una pesquera, entre otras actividades. Ha impartido talleres literarios en la ex Penitenciaría de Santiago, en la cárcel de Colina y en diversos centros del Servicio Nacional de Menores. Bajo el sello editorial Tajamar Editores, ha publicado las novelas *Colonia de perros* (2010), *El mal de Hugo* (2012), y *Entre lutos y desiertos* (2016). Esta última transcurre en Copiapó, en el desierto de Atacama. Dos relatos suyos figuran en las antologías *10 cuentos negros de autores chilenos* (Editorial Nuevo Milenio, Cochabamba, Bolivia) y *Santiago Canalla* (Ediciones Espora, 2019).



La pequeña entrevista policial

Por Marcos Campbell

Siempre es bueno interrogar a los escritores acerca del «gran arte» que cultivan, y al mismo tiempo, a través de sus respuestas, entregar algunas pistas que pueden seguir los lectores para encontrarse con buenos libros, buenas películas o series. Las respuestas que escritores chilenos y latinoamericanos entregaron a la Pequeña Entrevista Policial se irán entregando en los próximos números de Trazas Negras.

Preguntas breves, para respuestas breves.

Poli Délano

Madrid (1936) - Santiago (2017)

«La novela policial es un buen desafío para todo novelista, ya que exige una dosis alta de rigor que impide que el autor se someta a la tentación de irse por las ramas o de disertar en exceso».

«Cultivo el género, primero porque he sido siempre amante de la novela negra como lector.

Como escritor, acepté el desafío cuando una editorial me lo solicitó, en México».

«La novela mía policial que más me gusta se llama *Muerte de una ninfómana*».

«Mi detective favorito es el Comisario Maigret».

«Respecto a mi película policial o negra favorita, me cuesta decidirme entre *Laura* y *La luz que agoniza*. Voto por las dos, sin olvidar *El halcón maltés*».

Andreu Martín

Barcelona (1949)

«La novela policial es un género literario en el que se combinan el juego del enigma, el exorcismo de nuestros miedos cotidianos y el análisis de la sociedad en que vivimos desde el punto de vista de la violación de las leyes y la persecución de los transgresores».

«Escribo novelas policiacas o negras porque no lo puedo evitar. Aprendí a leer con la novela policiaca y estoy convencido de que es el género que mejor me explica el mundo que me interesa».

«He escrito demasiadas novelas como para quedarme conforme diciendo una sola, pero me arriesgo: *Bellísimas Personas*. (No: *Corpus delicti*). (No, perdón: *Cabaret Pompeya*) (Bueno, no: *Prótesis*, claro...). En fin, la que quieras».

«Mi detective de ficción favorito es Philip Marlowe».

«Mis tres autores policiacos favoritos son Patricia Highsmith, Michael Connelly y Domingo Villar».

«Mi película policial o negra favorita es *Chinatown*, de Roman Polanski».

«Agatha» Vergara

Eugenio Lira Massi



Eran otros tiempos. Los detectives estaban trabajando en el cuartel de General Mackenna. Llevaban muchas horas de intenso ajetreo. Tenían entre manos el crimen del Mercado Presidente Ríos, y los funcionarios de Investigaciones tenían a varios sospechosos que interrogar.

Además, había otros crímenes por resolver. La Brigada de Homicidios casi no daba abasto. Por un lado los sospechosos, y por el otro, los periodistas, exigiendo se resolvieran los crímenes.

Aproximadamente a las doce de la noche ya los crímenes que estaban entre manos tenían una solución. Por fin detectives y periodistas podían descansar tranquilos...

A esa hora llegó un hombrecito pidiendo hablar con el detective de guardia. Fue atendido de malas ganas por un funcionario sin corbata y con una barba bastante crecida:

—¿Qué se le ofrece?

—Este... yo vivo en El Salto. Estábamos poniéndole entre pera y bigote con unos amigos y surgió una discusión. Usted sabe, las palabras sacan palabras y así nos fuimos...

—Bueno, hable luego, ¿qué es lo que se le ofrece?

—Como le digo, así nos fuimos, y cuando nadie se lo pensaba, se armó la grande. El tipo me dijo cosas que yo no quería que me dijera, yo a mi vez le dije otras cosas bastante pesadas, y usted sabe...

—¿Qué se yo?

—Bueno, lo maté. Eso es todo. Lo maté y vengo a entregarme.

—¿Qué cosa?

—Que lo maté. Que soy un asesino...

—A ver, aguántele un poquito.

El detective, con el sueño vivo después de 48 o 72 horas si dormir, fue donde sus superiores. Les explicó de lo que se trataba y todos muy molestos fueron a la sala de guardia.

—¿Vos eres el que venís a entregarte?

—Sí, señor...

—¿Y por qué no venís mañana mejor? Ahora estamos muy cansados. Ven mañana, «guachito», ¿querís?

En eso apareció el director de «la Pesca». Era «Caifás» Gacitúa.

—¿Qué le pasa a este gallo?

—Viene a entregarse por un homicidio —le dijo el jefe de la BH—, y yo le dije que volviera mañana.

—¿Y usted cree que los tiras no necesitan dormir? ¡A ver, vos! —dijo, dirigiéndose al hombrecito—. Vuelve pasado mañana a entregarte. ¿Entendiste?

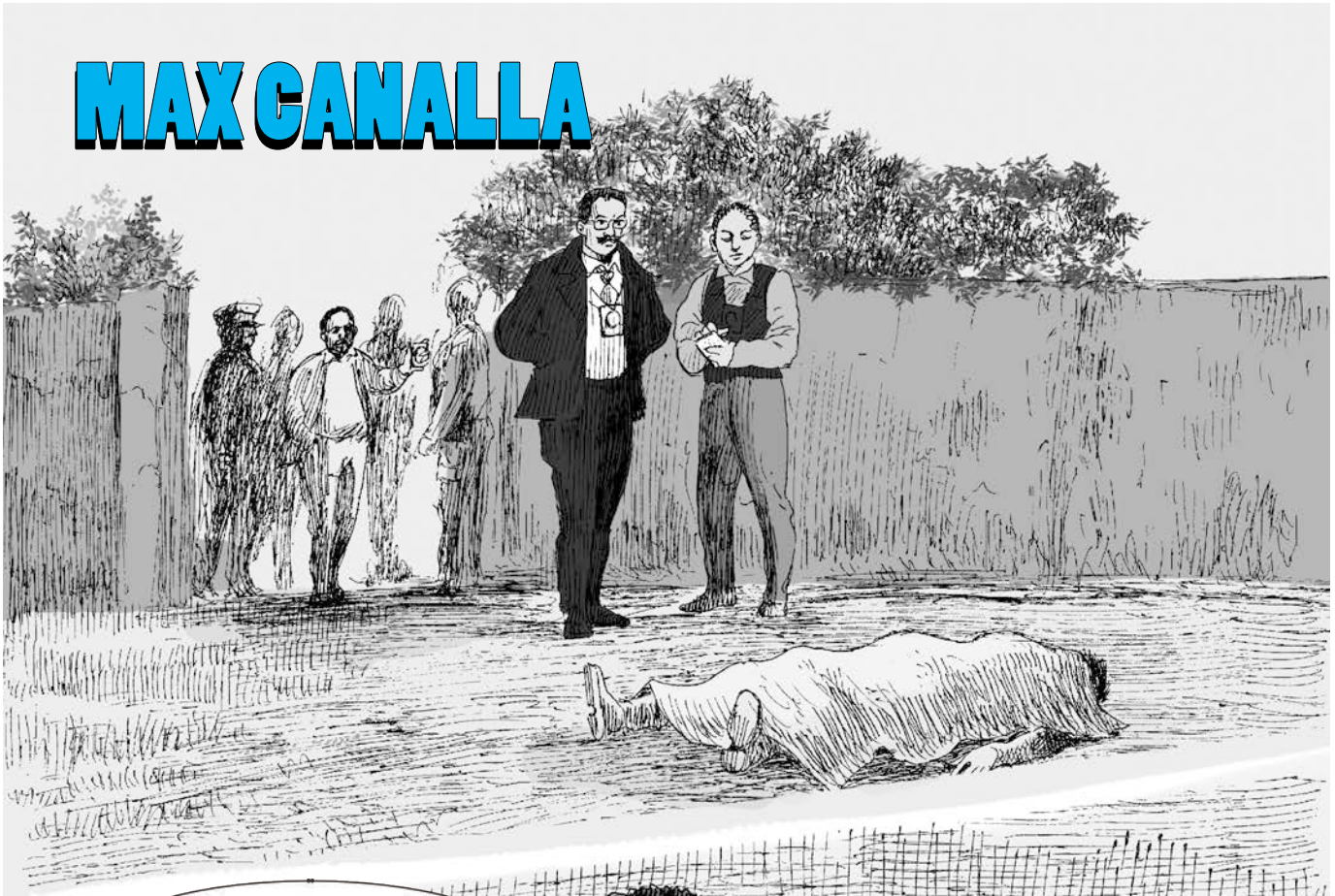
—Sí, señor.

Y el hombre volvió al día subsiguiente y se entregó. Y se solucionó un homicidio ocurrido en El Salto. Eran otros tiempos. El prestigio de la Brigada de Homicidios era tan grande, que los delincuentes se entregaban antes que los pillaran, porque sabían que de todas maneras los pillarían. Había verdaderos desafíos entre detectives y periodistas para ver quien descubría primero los crímenes. Jefe de la Brigada de Homicidios era René Vergara. La sección Policía en los diarios era la más importante y la cubrían en esos tiempos «mamitas» como el «Negro» Jorquera, Hernán Uribe, el «Pepe» Gómez, los Olivares (El «Perro Grande» y el «Perro Chico»), el «Gato» Gamboa, el «Chico» Torres. Empezaba el «Roto» León, que ahora está en Venezuela. Eran otros tiempos.

Hoy todos están consagrados en el periodismo y los detectives, en la policía. A René Vergara lo llamaron de otros países para que solucionara crímenes y los solucionó. Está jubilado. Pero jubilado de las filas. Ahora dejó la placa y tomó la pluma para volcar en un libro sus experiencias como policía. El libro salió hoy a la venta. Se llama *El pasajero de la muerte* y si usted se salta las «palabras preliminares» que están dedicadas exclusivamente a los «tiras» (deformación profesional) se encontrará con un libro emocionante. Un libro escrito por alguien que vivió las cosas, no que se las imaginó. Escrito por alguien que no soñó con crímenes, sino que tuvo que solucionarlos. O sea, un libro de verdad, un pedazo de historia policial que un ex policía pone en sus manos. Léalo. TN

Publicado en la sección «La columna impertinente» de Eugenio Lira Massi. Diario El Clarín. Santiago, 7 de abril de 1969.

MAX CANALLA



DEMASIADO TIEMPO SIN VERTE, CANALLA.
¿NO TE CANSAS DE
METERTE EN PROBLEMAS?

¿QUÉ ES LO QUE BUCAS AQUÍ, MAX?
YA NO ERES POLICÍA. DEJA DE JUGAR
AL INVESTIGADOR Y BÚSCATE UN TRABAJO.

NO SEAS INJUSTO, SALINAS.
SABES QUE NO TODO HA SIDO CULPA MÍA.

SALINAS FUE DE LOS POCOS QUE NO ME DIO VUELTA LA ESPALDA. ÉL SABÍA QUE JAMÁS ME HUBIERA INVOLUCRADO CON ABEL REINOSO, EL TRAFICANTE MÁS DURO DE LA ZONA NORTE. ME PUSIERON LA TRAMPA Y CAÍ, Y SÉ QUE TODO ESO TENÍA QUE VER CON OLGA. LAS REDES DEL COMISARIO PALAZUELOS ERAN MUY EXTENSAS...PERO ESO LO SUPE DEMASIADO TARDE.



LÁRGATE ANTES DE QUE LOS DEMÁS SE ENTEREN DE QUE TE VIERON AYER POR AQUÍ



SÓLO PASÉ UN MOMENTO. ME DIJERON QUE AÚN ESTABA DE VACACIONES



NO MIENTAS. SÓLO VENÍAS PARA SABER SI JUANJO TENÍA NOTICIAS ACERCA DE OLGA.



ESTA VEZ NO, TE LO JURO. SÓLO VINE A TRAER EL AUTO A REVISIÓN.



SI JUANJO SABÍA ALGO O NO, YA NO PODRÁ DECÍRMELO. MÁS DE 30 PUÑALADAS LO MANDARON DERECHITO AL INFIERNO. ALLÁ NOS TENDREMOS QUE ENCONTRAR. SIEMPRE LE DNE QUE EL DÍA QUE TUVIERA UN AUTO SÓLO SE LO CONFiarÍA A ÉL. NO SE MEREcÍA UNA MUERTE COMO ESA. ESPERO QUE SALINAS LO RESUELVIA PRONTO, TAL VEZ PODRÍA AYUDAR HACIENDO ALGUNAS PREGUNTAS, QUIÉN SABE, TODO SIRVE...



TAL VEZ ME VAYA MEJOR QUE BUSCANDO AL GATO..
¡QUIZÁS QUIÉN MIERDA LO RECOGIÓ!
PARECE QUE ESTOY CONDENADO A BUSCAR VIDAS PERDIDAS...

VIDAS QUE TUVIERON SU OPORTUNIDAD Y QUEDARON LISTAS PARA EL OLVIDO...



UN PASADO LLENO DE ERRORES QUE NO PUEDEN RESOLVERSE...



Y VUELVO A REPETIR...



OLGA...

OLGA...

OLGA...

NOMBRES QUE NO DEBO SEGUIR REPITIENDO...



PARTÍ A BUSCAR A FANCY. ELLA SABÍA SIEMPRE LO QUE PASABA
TRES BARRIOS A LA REDONDA. POR LA MAÑANA ATENDÍA UN CAFÉ
EN MERCED Y EN LA TARDE LIMPIABA AUTOS CERCA DE PÍO NONO.



PERO FANCY NO ESTABA EN EL CAFÉ. AL ENTRAR ME RECIBIÓ
OTRA CHICA. ME PARECIÓ FAMILIAR AUNQUE NO LA HABÍA VISTO
NUNCA. AÚN ERA TEMPRANO. ME SENTÉ EN LA MESA DE SIEMPRE...



SOY SU REEMPLAZO
LA JEFA DICE QUE DEJÓ DE VENIR
HACE UNOS DÍAS Y NO HA VUELTO
A SABER DE ELLA.



ENTIENDO.
MI NOMBRE ES MAX,
MAX CANALES.
¿PUEDO HACERTE UNA
PREGUNTA?
¿NOS HEMOS VISTO ANTES?

LA CHICA SONRIÓ Y SE ACERCÓ A REGISTRAR EL
PEDIDO. PEDÍ UN CAFÉ NEGRO SIN AZÚCAR Y DOS
TOSTADAS. LUEGO, PREGUNTÉ POR FANCY.

CONTINUARÁ...

Cine negro y novela negra Dimes y diretes

Por Wilberio Mardones

El cine negro es un invento de los franceses. A ellos se les ocurrió apelarlo así. ¿Por qué? Un poco de historia. El año 1946, liberada Francia del dominio nazi, se estrenan en París las siguientes películas venidas de USA: *El halcón maltés* de John Huston basada en la novela de Dashiell Hammett, con Humphrey Bogart como el detective Sam Spade; *Laura* de Otto Preminger, versión de la novela de Vera Caspary; *Adiós muñeca* de Edward Dwyer, sobre la novela de Chandler (Dick Powell hizo de Marlowe); *Pacto de sangre* de Billy Wilder, sobre la novela de James M. Cain; *La mujer del cuadro* dirigida por Fritz Lang, con Edward G. Robinson. Los franceses se enloquecieron con estas películas, ya que las suyas estaban dominadas por lo que llamaban «cinéma de papá», reaccionario, fome y convencional. Los críticos llamaron *film noir* a la novedad venida de América.

Cine negro y novela negra

Ese cine negro es deudor de la narrativa negra, de los llamados *pulp*, sobre todo del cuento aunque también de la novela. Es heredero también del viejo cine mudo de gánsters de los años 20, que conoció obras notables como *Chinatown Nights* de William Wellman y *Underworld* de Josef von Sternberg. Sus temas eran, por cierto, la prohibición del negocio y consumo de alcohol, el contrabando, la trata de blancas, el crimen por encargo y otras fechorías. Novelas de Richard Burnett como *Pequeño César* y *La jungla de asfalto* conocieron versiones filmicas por los años 30.

Un momento clave para el cine negro fue la introducción a mediados de los años 30 del llamado «Código de Producción de Películas», una severa censura a los temas

del sexo, la violencia y la corrupción, que hizo que mucha de la fuerza que había adquirido el cine de gánsters se viera opacada por una estricta vigilancia, ahora no solo de los grupos conservadores sino del estado mismo.

Carácter

El cine negro clásico es, en estricto rigor, el cine norteamericano de los años 40 y 50. El concepto ha sido un poco abusado. El cine negro es, sobre todo, el cine de los detectives privados creados por la narrativa negra. La literatura mantendrá su libertad frente al cine negro, sobre todo en materias sexuales. Sin embargo se muestra generosa frente al fenómeno del cine y proporciona temas, personajes, ambientaciones y sucesos. Amén de escritores colaborando como guionistas.

El cine negro se vio limitado por la censura y el puritanismo imperantes en la postguerra. Se caracteriza además porque permitió una complicidad, un entendimiento entre directores y productores, que pocas veces se ha dado en la historia del cine norteamericano. El cine negro es, repito, heredero aunque no equivalente del cine policial o el cine de gánsters. Esto tiene que ver con varios factores:

—No es un cine documental de los procedimientos de lucha contra el crimen.

—Mantiene distancia frente a objetivos didácticos o moralistas.

—Su punto de vista suele ser el del asesino o el delincuente.

—El detective privado del cine negro está más cerca del hombre común que del policía de uniforme.

—Se halla subordinado a la narrativa negra, sus autores actuaron a menudo de guionistas y adaptadores (Raymond Chandler y James M. Cain, por ejemplo).

—Es insólito, cruel, erótico, ambivalente, cínico y onírico.

—Practica abiertamente una estilización del crimen, está lejos de mostrarlo de manera realista.

Héroes

Sus personajes masculinos no son héroes positivos sino más bien antihéroes, como el gángster, el asesino, el chantajista, el verdugo, el ex convicto. Los actores duros reemplazan a los dulzones buenos mozos del cine convencional. George Raft, Edward G. Robinson, Robert Mitchum, Humphrey Bogart, James Cagney, representan a tipos maduros, golpeados por la vida, borrachines, pendencieros, machistas. Los personajes femeninos son por lo general también de la línea dura: mujeres perversas, fatales, traidoras, seductoras y amorales, implacables, a menudo asesinas. No son muñecas frágiles Barbara Stanwyck, Bette Davies, Laureen Bacall o Gene Tierney.

Estilo

El estilo del cine negro viene del expresionismo alemán. Blanco y negro, contrastes, planos dramáticos, actuaciones intensas. Diversos directores migrados desde Europa cumplen su rol de introducir el estilo: Josef von Sternberg, Billy Wilder, Otto Preminger, Fritz Lang. Aportó además una capacidad de síntesis respecto a la narrativa negra, que normalmente contiene demasiados elementos criminales. Al llegar a Estados Unidos huyendo de la barbarie nazi (muchos de ellos eran de creencia y raigambre judía), se dedicaron a producir películas incorporando los elementos propios de ese estilo, que se manifestaba sobre todo en lo visual, con decorados al borde lo fantástico, actuaciones melodramáticas (heredadas del cine mudo), una preferencia por lo desquiciado y chocante, un deseo de expresar las diferentes formas de la maldad.

Hay pues una cierta hibridez en el cine negro, es el producto de esas dos corrientes inspiradoras: el cine de gánsters y el expresionismo

alemán. Fue el aporte de cineastas de primera línea como los venidos de Europa, aunque hubo muchas cintas hechas por realizadores locales que estuvieron en los orígenes del film noir y siguieron produciendo, hasta llegar a la época llamada «clásica» de este cine. Cabe señalar que logró un fenomenal éxito de público, cosa que encantó a los productores.

Elemento clave fue el inteligente uso del lenguaje popular, incluido el *argot* de las mafias y los delincuentes. Esto unido a un esfuerzo por filmar en exteriores o en crear ambientes convincentes, como apoyo fundamental al desarrollo de las tramas, fue la razón de la tremenda empatía que logró el cine negro entre el público de los países que lo acogieron, desde Estados Unidos, a Europa y América Latina.

Éxito

Vino luego el éxito artístico, en Francia primero. Los inteligentes críticos quisieron saber de los escritores que había detrás, a los cuales tradujeron, publicaron y hasta importaron. Nació así un apelativo, el «roman noir» (novela negra), que es el que se utiliza hasta hoy. Los franceses apreciaron a Cornell Woolrich (William Irish), Chester Himes, Hammett, Chandler, Cain y los otros, bastante más que los propios gringos. Tanto disfrutaron los franceses, que un movimiento cinematográfico, la «nouvelle vague» (nueva ola) se dedicó a hacer «cine negro de autor», con carácter experimental, en los años 60, adaptando de manera impertinente y más bien intelectual, a David Goodis, Jim Thompson, Charles Williams y los mencionados. Estos realizadores se llamaron, dentro y fuera de la «nueva ola», Truffaut, Godard, Chabrol, Clouzot, Melville...

Hasta aquí como introducción polémica al tema. Más adelante abundaremos en el desarrollo de este tipo de cine en la historia del arte, y en los aportes de sus diversas escuelas. (Hay un llamado neo cine negro). Por ahora me permitiré recomendar, para terminar, algunas películas clásicas para quien se interese en entrarle al tema del cine negro y pueda identificar a realizadores, actores, actrices, guionistas, músicos y todo ese mundo aparte que significa esta fascinante corriente del séptimo arte.



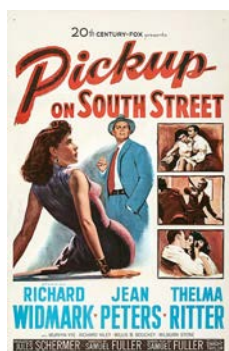
Lista

Pues aquí va una lista de 10 películas a mi juicio ápices del cine negro clásico. Aunque hay muchas más. El orden es arbitrario, no indica ranking ni preferencia. Tampoco pongo descripciones largas ni detalles, hay bastante información en la red virtual (Internet).



1. Infierno en la bahía de San Francisco (Hell in Frisco Bay), director Frank Tuttle, adaptación de la novela de William P. McGivern, música de Max Steiner, con Alan Ladd, Joanne Dru y Edward G. Robinson, 1955.

Ladd es un ex policía recién salido de prisión injustamente acusado de asesinato y que no le perdona a su esposa (Dru) un episodio de infidelidad. A destacar el anticuado color y el formato de época, que dan pintoresquismo a las imágenes del puerto y sus cerros, así como la confrontación de rutinas de actuación entre Ladd y Robinson; más la belleza intemporal de Dru, a ratos deslumbrante. Interesante la banda sonora.



2. Manos peligrosas (Pick Up on South Street), director Samuel Fuller, música de Leigh Harline, con Richard Widmark, Jean Peters y Thelma Ritter, 1953.

Un ejercicio de estilo por un director como Fuller que tanto aportó al cine de Hollywood. Esta vez también como guionista. Una historia vista desde la perspectiva de un ladrón del metro interpretado por Widmark, de poderosa presencia aunque su rol es de comedia. Notables actuaciones del elenco femenino, Peters y Ritter. Un elemento de guerra fría de la época aporta otra dimensión a los actos del carterista.



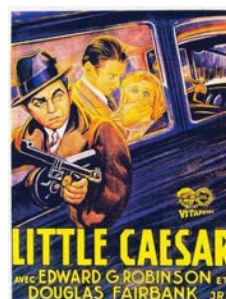
3. Nido de ratas (On the Waterfront), director Elia Kazan, guión de Budd Schulberg, música de Leonard Bernstein, con Marlon Brando, Eva Marie Saint, Lee J. Cobb, Rod Steiger y Karl Malden, 1954.

En el marco de disputas entre dirigentes sindicales corruptos, obreros portuarios y la autoridad, el director Kazan se juega por el virtuosismo actoral de Brando y la ingenuidad angelical de Eva Marie Saint. Notable ambientación, detalles étnicos (irlandeses en los muelles de Nueva York) y ambigüedad política, hacen fascinante este clásico entre clásicos. Una notable partitura de Bernstein se hace notar como cimiento de las diversas escenas.



4. Laura (Laura), director Otto Preminger, sobre la novela de Vera Caspary, co-guionista Ring Lardner Jr., música de David Raksin, con Gene Tierney, Vincent Price y Dana Andrews, 1944.

Todo es opresivo y mentiroso en esta adaptación algo teatral aunque hábilmente conducida por Preminger de la novela de Caspary, con la figura extravagante de un escritor y columnista de éxito que maneja los hilos. Detalles de ambientación, quiebres argumentales, un tema musical repetitivo y una dirección de actores que enfatiza el efecto marioneta (¡esos sombreros!), hacen de la película un ítem de culto del *noir*.



5. Pequeño César (Little Caesar), director Melvin Le Roy, sobre la novela de W.R. Burnett, con Edward G. Robinson y Douglas Fairbanks Jr., 1931.

La figura del gánster de Chicago de Robinson no ha sido superada y sus parlamentos pueden ser repetidos como lemas. Ni hablar de la expresión corporal y la gesticulación facial. El actor llena la película y supera los escollos de una dirección rutinaria y la recién instalada censura. Lo suyo es aguar la fiesta a los ricos y poderosos, para serlo él mismo. El primer gran antihéroe en el mero nacimiento del cine negro.



6. *Retorno al pasado (Out of the Past)*, director Jacques Tourneur, basada en una narración de Geoffrey Homes, co-guionista James M. Cain, con Robert Mitchum, Jane Greer, Virginia Huston y Kirk Douglas, 1947.

Otro antihéroe, un ex detective metido en la frontera entre el bien y el mal (Mitchum), cae en las garras de una bella y fina *femme fatale* (Greer) impidiéndole rehacer su vida con una joven pueblerina (Huston). Un mafioso simpático (Douglas) lo va hundiendo en una espiral de crímenes, mientras Mitchum fuma como chimenea y mueve su corpachón con soltura. Un film *noir* altamente apreciado por la crítica.



7. *Cada amanecer muero (Each Dawn I Die)*, director William Keighley, con James Cagney, Jane Bryan y George Raft, 1939.

Cagney y Raft dan vida a una de las primeras grandes películas de tema carcelario. Cagney es un periodista dedicado a la denuncia de corruptelas empresariales en el rubro construc-

ción, condenado tras un choque mortífero fraguado por sus enemigos. Un auténtico malandro (Raft) lo ayuda a planear un escape que culmina en masacre. Una dimensión particularmente idiosincrática del cine negro, el infierno de la cárcel.



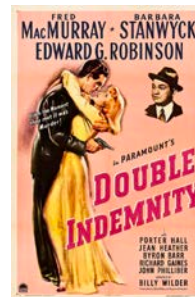
8. *Alta Sierra (High Sierra)*, director Raoul Walsh, sobre la novela de W.R. Burnett, co-guionista John Huston, música de Adolph Deutsch, con Humphrey Bogart, Ida Lupino, Alan Curtis, Arthur Kennedy y Joan Leslie, 1941.

Un ex ladrón de bancos (Bogart), recién salido tras años de prisión en Chicago, lo primero que hace es unirse a una banda que organiza un atraco en la lejana California. Debe lidiar con un puñado de ineptos, dos damas veleidosas, un paisaje grandioso, un moribundo, un joyero tramposo, la policía motorizada y un perro con *jetta*. Típico de Bogart, cara pétrea en marco de tragicomedia. Walsh es hábil para dirigir un grupo grande de actores y actrices.



9. *El terror del hampa (Scarface)*, director Howard Hawks, basada en la novela de Armitage Trail, co-guionista Ben Hecht, con Paul Muni, Ann Dvorak, George Raft, Karen Morley y Boris Karloff, 1932.

Otra obra maestra del cine de gánsters que influyó poderosamente en la eclosión de cine negro. Producida antes del código de censura, fue sin embargo prohibida en varios estados. Los productores debieron negociar cambios. Aparte de su temática criminal y violenta (la guerra de la cerveza, por ejemplo), es una cinta de sofisticada cinematografía. Las actrices (Dvorak, Morley), fenomenales. Tics de actuación de cine mudo dan al filme un toque onírico.



10. *Pacto de sangre (Double Indemnity)*, director Billy Wilder, sobre la novela de James M. Cain, co-guionista Raymond Chandler, música de Miklós Rózsa, con Fred MacMurray, Barbara Stanwyck y

Edward G. Robinson, 1944.

El respetado director Wilder, el peso de su co-guionista Chandler y las alabanzas de Cain, la han hecho un caso de aclamación unánime como obra muestra del cine negro. Se sostiene en McMurray, Stanwyck y Robinson (que llegaron a sus papeles por descarte), firmes actores aunque poco atractivos. El suspenso está sólidamente construido. La película postuló a varias categorías del premio Oscar y no ganó ninguna. Pero su prestigio sigue intacto. TN

TRAZAS NEGRAS

Puedes aportar a éste proyecto haciendo una donación en nuestro sitio web www.trazasnegras.cl

Próximo número: Febrero 2021

TRAZAS NEGRAS



Disponibles en:
www.delibros.cl